

EL YO DEL HISTORIADOR, LA ESCRITURA Y LA LITERATURA

Jordi CANAL

Los historiadores españoles y latinoamericanos escriben normalmente, con lógicas y meritorias excepciones, bastante mal, aunque ya no vivamos por fortuna, a principios del siglo XXI, en épocas de feísmo extremo y total dejadez estilística. El problema no es exclusivo, sin embargo, ni de los historiadores ni tampoco de los que utilizan la lengua castellana. Silvio Lanaro, en *Raccontare la storia* (2004), afirmaba que los historiadores italianos escribían muy mal e indicaba la principal razón, que no era otra que el hecho de no plantearse, ni en términos teóricos ni tampoco prácticos, la cuestión de la escritura como elemento constitutivo de la investigación y de su misma articulación conceptual. El problema no es nuevo, pero tampoco demasiado viejo. En *De la connaissance historique* (1954), Henri-Irénée Marrou se refería ya a algunos historiadores –británicos, por más señas– que se esforzaban en escribir mal, sacrificando la elegancia y la corrección, para asegurarse así ser tomados en serio.

En la inacabada *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, elaborada en la primera mitad de los años 1940, Marc Bloch recordaba que no existía ninguna contradicción en satisfacer al mismo tiempo la inteligencia y la sensibilidad del lector, e invitaba a no negar «a nuestra ciencia su parte de poesía». No obstante, entre la década de los cincuenta y la de los ochenta, la extendida confusión entre el rigor y la seriedad, de una parte, y la tristeza, el aburrimiento y la dejadez literaria, de otra, resultó altamente pernicioso. En el camino hacia la profesionalización del historiador y la adquisición de patente de científicidad –ciencia o ciencia social– hubo un deseado alejamiento de todo aquello que resultara sospechoso de rebajar su estatuto y, muy especialmente, de la literatura. Una cuidada escritura constituía, en este sentido, uno de los principales peligros que podía acechar a la supuesta científicidad de la historia. Sin embargo, contraponer narración y argumentación es, como mínimo, tan equívoco como identificar narración y ficción, pues ni los dos primeros términos resultan excluyentes, ni los dos siguientes coinciden exclusiva y necesariamente. Para volver a Marrou y al margen de los exce-

sos derivados del enfrentamiento entre ciencia y arte, resulta evidente que el buen historiador debe ser al mismo tiempo un buen escritor.

La escritura forma parte, igualmente como la investigación en los archivos o las consultas bibliográficas, de la tarea básica del historiador. Y a ello necesita dedicar, en consecuencia, notorios esfuerzos. Los historiadores producen relatos; narran, en fin de cuentas. Una cuidada escritura, adecuada siempre al público al que los textos están dirigidos –no siempre necesariamente el mismo, como las diferencias entre la elaboración de un artículo en una revista especializada o en otra de divulgación, o entre una tesis doctoral y un libro de síntesis, muestran de forma nítida–, no afecta ni a la rigurosidad ni a la cientificidad, pretendida o no, del producto, sino todo lo contrario. Los historiadores no solamente deberían escribir para los historiadores. Aunque no constituya el único problema que explique el fenómeno, resulta evidente que la suma de redactar pensando solo en los colegas y, además, hacerlo mal ha provocado que los historiadores, con alguna notable exclusión, se hayan quedado sin lectores. Y, evidentemente, el hambre de historia de la sociedad, para decirlo en las palabras de John Lukacs en *The Future of History* (2011), ha pasado a ser saciado por otros colectivos, sobre todo por literatos y periodistas.

Repensar y mejorar la escritura de la historia constituye uno de los principales retos de esta disciplina en el nuevo siglo que inauguramos hace tres lustros. Las vías, las estrategias y las modalidades resultan múltiples. Podría ser una de ellas replantear el papel del yo del historiador en los textos. Aunque la escritura en forma impersonal se haya erigido en norma infranqueable, quizás ha llegado el momento de insistir en que otras maneras de narrar son posibles e, incluso, en muchos casos, más adecuadas. El historiador es, en el fondo, actor de la historia que reconstruye. Su yo condiciona el producto. Invocar la objetividad no es necesariamente pertinente en este caso. Incluso, la presencia del yo del historiador en los textos puede constituir un acceso por vía subjetiva a una mayor objetividad. El resultado final depende, entre otras cosas, de las decisiones tomadas por el profesional: acudir o no a unos archivos, leer de una u otra manera los documentos, optar por una u otra vía interpretativa. El azar juega, asimismo, un papel en ocasiones decisivo. Contar el propio proceso de concepción, investigación, interpretación y elaboración de una obra no resulta, en consecuencia, baladí. Así lo hizo, por ejemplo, Carlos Gil Andrés en *Piedralén. Historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil*, (2010), un libro en donde, al mismo tiempo que se da forma a la vida del personaje principal –Manuel María Jiménez Sainz, un hombre anónimo que dejó pocas trazas en los archivos–, se cuenta el propio proceso de reconstrucción histórica que el autor ha llevado a cabo.

Literatura e historia comparten una frontera muy permeable, en la que, incluso, algunas obras excelentes se instalan conscientemente. En las novelas, el historiador puede encontrar ideas, modelos, inspiraciones o recursos para aplicar a

su propio trabajo. La novela no es solamente el paraíso de los hombres y mujeres de carne y hueso, sino también la meca del yo narrador. Dos libros exitosos y publicados en los últimos años nos sirven de muestra: *HHhH* (2009), de Laurent Binet, o *El impostor* (2014), de Javier Cercas. El atentado contra Heydrich – HHhH, iniciales alemanas de las palabras de la frase «el cerebro de Himmler se llama Heydrich»– y la impostura de Enric Marco –ni deportado, ni, entre otras cosas más, prisionero en un campo nazi– conforman, respectivamente, los asuntos de dichos libros. «¿Qué puede ser más vulgar, en realidad, que un personaje inventado?», se pregunta, en un pasaje de la obra, el narrador de *HHhH*. Trátase de un par de novelas de no ficción. O, expresado de otra forma, de encuestas literarias de la historia. La novela constituye también una forma de conocimiento del pasado y del presente. Todas las anteriores reflexiones no pretenden sugerir, en ningún caso, que el historiador escriba novelas, sino que se plantee seriamente el tema de la escritura. Que asuma, en definitiva, su condición de escritor.